

TIEMPO DE VENGANZA

2002, 4 de agosto.

Andrés tenía una vida normal como alumno de ciencias en la universidad de Barcelona. Era un viernes por la noche, y como de costumbre el Café del Centro estaba lleno de gente que atestaba el local. El humo de los cigarrillos y los chillidos, hacían pesado el retraso de Laura, la chica con la que vivía. Andrés estaba entusiasmado en darle una magnífica noticia; una importante empresa extranjera les había contratado para que trabajasen para ellos. Cobrarían un sueldo mínimo, pero tendrían un trabajo estable que les permitiría casarse ese mismo año.

Impaciente, miró hacia la puerta. Aparecieron dos agentes de policía y se dirigieron hacia la mesa de Andrés.

-¿Usted comparte un piso con Laura Sánchez?

-Sí, ¿por qué?

-Por favor señor Andrés, acompáñenos a comisaría.

-¿Qué pasa?

-Queda detenido por ser sospechoso de un crimen-concluyó el agente.

El teniente Javier entró en la sala de interrogatorios. Al parecer durante las últimas horas de investigación los especialistas habían descubierto nuevas pruebas. Andrés permanecía esposado, destrozado, delante de una mesa.

-Las pruebas no son concluyentes-anunció Javier con la mirada fija-. Pero los indicios hallados en el lugar del crimen le acusan a usted directamente. Todo el apartamento está lleno de su rastro.

-¡Claro, porque vivo allí y era mi novia!-exclamó Andrés.

-¡Y también estaba allí a la hora del crimen?

-¡Ya le he dicho veinte veces dónde estaba!

-¡Y cómo explica esta abundancia de pruebas?-gritó y se puso en pie-. Huellas dactilares, la suela de un zapato de su número que casualmente dice no tener, cerraduras no forzadas... ¡y esto!

Javier puso encima de la mesa una foto.

-¿Qué es eso?

-¡La marca que dejó en su cuello con los guantes que utilizó para estrangularla coinciden con las medidas de su mano!

-¡Por el amor de Dios! ¡está usted loco!-gimió Andrés.

El teniente seguía mirándolo fijamente.

-No saldrá de esta amigo.

-¡Pero es usted imbécil o está loco? ¡Ni siquiera me conoce y ya me está prejuzgando! ¡Sólo tiene indicios contra mí! ¡Nada más!-Andrés se llevó las manos a la cabeza-. ¡Por Dios! ¡Esto no está sucediendo!

-He visto muchos crímenes en mi dilatada carrera-se sentó-. He conocido a todo tipo de chiflados. Llámelo intuición policial si quiere, pero a mi no me engaña. Vamos sea sincero, encontraré esas pruebas... ¿Porqué lo hizo? ¿Le era infiel? ¿Por dinero tal vez?

-Su dilatada carrera sólo lo ha hecho más paranoico-concluyó.

Un policía vestido de paisano requirió la presencia de Javier. Los dos policías salieron de la sala.

-Tenemos que soltarlo.

-¿Estás de guasa?-pregunto Javier con el rostro serio.

-Durante las horas que lo has interrogado, dos de sus compañeros de clase han sido asesinados.

-¿Qué dices? ¡Estáis seguros?

-Completamente. Los indicios, así como otras pruebas, pertenecen al mismo asesino de Laura. Por descabellado que parezca, él no lo pudo hacer, estaba aquí con nosotros. Además tiene coartada. Un camarero del Café del Centro asegura haber visto a tu sospechoso en el bar a la hora del crimen.

Javier permanecía en silencio, consternado.

-Tengo ahí a su abogado y a su hermano haciéndome la vida imposible, no podemos retenerlo más tiempo.

-¡Pero las pruebas están ahí!

-Sabes que las pruebas no son concluyentes y los indicios no aseguran nada. La inocencia de tu sospechoso cobra mucha fuerza ante estos nuevos asesinatos.

Una mujer con bata blanca se aproximó a los dos policías.

-Teniente, hemos encontrado restos de piel en las uñas de la chica asesinada.

-¡Y el ADN?-inquirió Javier con renovadas esperanzas.

-Estamos en ello, pero tardará varias horas.

-¿Qué quiere decir? No quiero que el muchacho abandone la comisaría...

-No, no será posible hasta mañana-le interrumpió-, es un proceso largo y tenemos muchos casos, no hay personal suficiente.

-¿Pero de qué cojones me está hablando? Haga lo que sea, quiero resultados.

-Creo que, tendría que hacer más pruebas, necesito más tiempo.

-Teniente, no tenemos más tiempo-se impacientó el agente.

Javier llamó a un policía uniformado. Pidió las llaves de los grilletes.

Oscar, había exigido a la policía que lo soltaran. Era la figura del hermano mayor que siempre se preocupaba de Andrés. Tenía un año más, era muy aplicado y por eso ya estaba

trabajando desde que tenía veintidós años, habiendo terminado la carrera como el número uno de su promoción. Desde la muerte de sus padres él había sido la única familia para Andrés.

Eran las diez de la mañana. Andrés permanecía solo, sentado en el salón del apartamento de su hermano, con la mirada perdida. Oscar tenía que reunirse con el abogado, tardaría un par de horas. Cuando volvió en sí, delante, observó un mueble, con desesperación, como si buscara algún indicio para resolver toda aquella locura. Su mirada se quedó fija en una foto del 99. En ella aparecían él mismo, Laura y tres amigos con los que ganaron un premio de proyecto de fin de curso. Todos habían sido asesinados excepto Marcos.

Se incorporó en el sofá de un sobresalto. Sólo quedaban él y Marcos. Cogió el teléfono y marcó un número.

De pronto, Andrés salió corriendo del apartamento. Marcos había cogido el teléfono. Luego un golpe, y el silencio. Su casa estaba cerca.

Cuando llegó, la puerta estaba abierta. Escuchó varios gritos y un disparo. Andrés, aterrizado, se ocultó en el hueco de la escalera. El cuerpo sangrante de Marcos cayó al suelo, muerto. El muchacho dominó su deseo de gritar.

-Ya tienes tu merecido cerdo-dijo la voz del asesino que ocultaba su rostro bajo una gorra y unas gafas de sol.

Aquel tipo le resultó despiadado y terrorífico. Andrés sintió un escalofrío.

El homicida huyó de la casa hacia la calle.

Andrés había llamado a la policía al salir de casa, pero no llegarían a tiempo. Salió detrás de él. Lo persiguió varias manzanas. Por el metro. Más calles. Y por fin entró en una casa, a las afueras de la ciudad, y Andrés quedó oculto, vigilando.

El asesino se asomó a la ventana, sin verlo. Pero Andrés se estremeció.

Andrés notó que le costaba respirar. ¡El asesino era algo imposible! ¡Era un absurdo desquiciante aturdiendo la mente de Andrés al borde de la demencia!

Javier apoyaba los pies sobre una mesa. Contemplaba el tablero con todas las fotografías y pruebas del caso mordisqueando la protección de un bolígrafo.

Sonó el teléfono. Era la doctora que llamaba desde el laboratorio. El teniente salió con prisas y bajó varios pisos. Al entrar vio a la doctora frente al ordenador.

-¿Qué es lo que tiene?

-El ordenador está cotejando todas las bases de datos a las que tenemos acceso.

-¡Qué me está diciendo?-apremió Javier.

-Pues que si el asesino a registrado su ADN en algún centro médico le encontraremos- explicó la criminóloga-, sino prepárese para archivar otro caso sin resolver...

El monitor tenía la pantalla dividida por el misterioso ADN y otros que pasaban imperceptibles a la vista. Al cabo de unos minutos terminó la búsqueda.

Las dos cadenas de ADN que aparecían en el monitor eran idénticas.

-¡Bingo!-exclamó la doctora-. El ordenador ahora buscará el DNI del asesino y usted teniente tendrá una cara a la que interrogar.

-Eso no importa-intervino Javier-, ¡esta prueba es definitiva!

El policía abandonó el laboratorio con prisas.

La pantalla mostraba la imagen de un hombre junto a las cadenas de ADN.

Pensó primero en llamar a la policía. Pero no creerían algo así. Necesitaba respuestas.

Pasaron varias horas. Andrés estaba calado de frío. La puerta se abrió. El homicida abandonaba su guarida. Después de que se alejara, Andrés corrió hacia el porche. Estaba lleno de pánico. La puerta no tenía cerradura. No había manera de abrirla.

Observó un panel al lado del timbre. Era un pulsador digital. Tuvo una idea ridícula, pero lo intentó. Puso su pulgar en el panel. La puerta se abrió. Aquello lo turbó.

Entró y cerró la puerta. El salón estaba lleno de aparatos extraños. Parecía un laboratorio. Su mirada quedó fija en un maletín en el que se leía; Sistema Personalizado. Casi por intuición abrió el maletín, era un ordenador portátil. Se activó emitiendo un haz de luz para comprobar la retina del usuario.

-Bienvenido, día 5 de agosto del 2002-dijo una voz electrónica.

<< ¡Esto es imposible!>>, pensó Andrés.

El teniente Javier desenfundó el revólver y ordenó a los agentes que se dispersaran ocupando todas las salidas del edificio. Dos de los policías le siguieron bien armados protegiendo su retaguardia.

-A todas las unidades-susurró por radio-, hay luces en la casa, hay alguien dentro. En cuanto abra la puerta entren y reduzcan a todo el mundo sin miramientos.

Con una patada la cerradura cedió. La docena de agentes entraron con presteza y registraron cada uno de los pisos. En la habitación del segundo piso encontraron un cadáver ahorcado rotando lentamente sobre sí mismo. Javier se agachó y recogió una nota que rezaba:

*Confieso mis crímenes y arrepentido por lo monstruoso que soy ruego a Dios perdón,
Raúl Domenech.*

Aquel aparato era un ultramoderno ordenador multitareas. Los menús contenían información diversa. Andrés, atemorizado, pulsó en la pantalla un icono de informes y diarios secretos.

No podía creer aquella historia. No quería creerla.

La información martirizaba al muchacho, pero era cierta, tenía sentido.

Pasaron dos horas. El asesino venía satisfecho. Se había saciado con su última víctima, el hijo de un importante empresario. Aquel estúpido pijo, ni en el último aliento, comprendió porque aquel tipo de la gorra y gafas de sol, lo odiaba tanto y le obligaba a escribir una nota de suicidio.

El asesino entró y cerró la puerta. Se dirigió al ordenador personal.

-Bienvenido-dijo la voz electrónica-. Ha pasado una hora y catorce minutos desde su última consulta de documentos secretos...

-¡Cómo?-se extrañó-. Yo no he...

Oyó un ruido detrás. Sintió un dolor agudo en el cogote.

Perdió el conocimiento.

-Lo sé todo-escuchó una voz familiar. Abrió los ojos, vio su rostro.

-Lo sé todo. Por que los has matado, y todo lo demás.

Andrés estaba atado. Le dolía la cabeza.

-Se quién eres.

-Entonces suéltame. Sabes que no te haré nada. Sería hacérmelo a mi mismo.

-No tenías derecho a destruir mi vida.

-¡Tu vida ya está destruida! ¡Yo soy la prueba!

No supo contestar. Era indiscutible. Su cara, su historia, era real.

-Escúchame-intentó erguirse aún con las ataduras-. Yo quiero salvarte, y a Oscar ¿Crees que fue agradable verlo morir de radioactividad? ¡Ni siquiera pude tocarlo! ¡Los he matado! ¡Sí, lo hice, me ensañé, y qué! ¡Ellos nos quitaron la vida primero!-hizo una pausa-. ¿Es que no te das cuenta? Esto no ha sido el acto de un loco... ha sido un milagro.

-¡Cállate!-se llevó las manos a los oídos-. ¡Yo no soy un asesino! ¡No soy como tú!

-¡Sí que lo eres!-alzó la voz-. ¡Por culpa de ellos! ¡Sí que lo eres!

La conciencia de Andrés se negaba a aceptarlo, mientras su otro yo hablaba sin parar.

-¡Deja de llorar! ¡Afronta la realidad! Es tiempo de venganza. Ya no tienes enemigos, la policía nunca podrá probar que lo hiciste. Secuestre a Raúl Doménech en su propia casa, puse parte de su piel en las uñas de Laura, la maté y volví a casa de Doménech. Le obligué a escribir una nota de suicidio y luego también me lo cargué, haciendo creer a la policía que él era el asesino y por remordimientos se había suicidado. Nunca tendrán pruebas contra ti. Oscar y tú adquiriréis poder y conocimientos que nadie ha soñado. Soy tu lado oscuro, he hecho lo que tenía que hacerse. Para los demás sólo existiré en tu mente.

-¡Basta!-cortó-. No quiero nada de ti, yo tomaré mis decisiones.

-¡Tu suerte ya está echada estúpido!

-¡No pienso vivir con esas muertes en mi conciencia!

Andrés se miró así mismo.

-¿Y que vas a hacer? ¿matarme?-los ojos de su misma imagen estaban llenos de ira- ¡Tú no puedes matarme sin destruirte a ti primero! Además esas muertes no cargan en tu conciencia, sino en mí, tu otro yo, tu otra mente por así decirlo.

Andrés se rindió, sentado escuchó una y otra vez la voz de su otro yo, y poco a poco se fue convenciendo así mismo.

Los años pasaron, la vida de Andrés fue idílica. Millonario, el científico más famoso del nuevo siglo, se casó, tuvo hijos, nietos y uno de sus descendientes encontró un día un diario en un lugar recóndito. Sólo había escrito este mensaje:

2002, 6 de agosto.

Por increíble que fuese, mi yo futuro había viajado atrás en el tiempo para vengarse de los que me habían traicionado. Mis propios amigos, en el 2006 me engañaron en un experimento y hubo varias muertes. Además, mi hermano Oscar, quedó afectado por una

enfermedad letal. Yo acabé en la cárcel viendo morir a mi hermano, lo perdí todo, incluso Laura se apartó de mí. Acabó casándose con el dueño de una empresa, un tal Raúl Doménech, quién estaba detrás de toda la conspiración. Oscar, al borde de la muerte, me reveló un proyecto llamado V-26, que sólo conocía él. Gracias a este invento los viajes en el tiempo eran posibles. Desde las revelaciones y fallecimiento de mi hermano, yo, Andrés, juré escapar de la cárcel, hacerme con la máquina del tiempo y vengarme de los culpables.

Al principio me costó aceptar una realidad que para mí no existía, pero ante la veracidad de los hechos, tuve que aceptar mi destino...

Firmado: Andrés.